

EUGENIO MONTALE: *Prime alla Scala*. Milano, Mondadori, 1981. 552 p., 20 x 13 cm.

Todos los escritos musicales de Eugenio Montale han sido por primera vez reunidos en este volumen según un criterio de amplia elección, establecido por el mismo autor en sus últimos años de vida, en colaboración con Gianfranca Lavezzi que ha revisado la edición de la obra.

Montale desde 1954 hasta 1967 fue el crítico musical del *Corriere d'Informazione*, diario de la tarde de Milán: un crítico atento, escrupuloso que durante doce años no faltó a un solo ensayo general ni a un solo estreno del teatro alla Scala. En el fondo de su trabajo de crítico quedaba intacta la antigua atracción hacia el mundo del melodrama, esa pasión que remonta a los años de su adolescencia cuando frecuentaba con asiduidad el paraíso del teatro Carlo Felice de Génova, cuando en la casa de veraneo de Monterosso organizaba con sus hermanos representaciones de óperas. Además en 1915 Montale, dotado de una discreta voz de barítono, había decidido dedicarse al bel canto y tomó clases durante un año de un ex barítono, Ernesto Sivori. Pero después, quizás por la muerte de su maestro, por timidez o miedo, pero sobre todo porque tenía otras inquietudes dejó el canto. Así la carrera terminó desde el principio, pero quedó en él, además de una recurrente nostalgia, ese amor de su lejana juventud, esa relación apasionada con el melodrama, que lo transformó en un espectador y en un juez competente y entusiasmado.

Este libro *Prime alla Scala* documenta su amplia cultura musical que se manifiesta a lo largo de su obra poética, como en *Las Ocasiones*, en tres de los célebres *Motetes* (XI—XIII—XV) en los cuales la pasión musical del poeta inventa la ocasión temática; la cita—recuerdo de un motivo musical sirve a Montale para fijar a través de la memoria la experiencia relativa a un hecho o a un objeto privilegiado, mágico, que adquiere un valor fundamental en su poética.

Este libro se divide en cinco partes: *Sobre la música; Retratos; Las festivales de Spoleto y Venecia; Prime alla Scala; Prime en otros teatros*.

La primera sección es la que más puede interesar a los entendidos ya que trata aspectos teóricos y problemas generales de la música como en qué medida en la música de vanguardia se conserva la tradición del siglo XIX; cuál será la tarea del músico de mañana, considerando la necesidad de los inventos técnicos a partir de Schomberg; cómo será la música del futuro; qué importancia tienen las palabras en la música.

En la segunda parte en forma amena Montale compone *Retratos* de personalidades ilustres del mundo musical como Stravinsky, Toscanini, María Callas, Titta Ruffo.

En la tercera, dedicada a las festivales de Venecia y Spoleto, ofrece un panorama vivaz y colorido del trasfondo geográfico y natural de estas dos ciudades que en ocasión de estas manifestaciones musicales se transforman en centros de reunión de las personalidades más importantes del mundo cultural y artístico contemporáneo; el discurso sobre la música no se limita al puro juego de las notas sino se completa con evocaciones sutiles que abarcan campos distintos de la historia del arte, del medio social, un panorama total de la época. Se destaca sobre todo el humor con el cual Montale juzga la música contemporánea más de vanguardia, música que *“exige un público de competentes, de privilegiados y es preciso interés de los autores que así permanezcan porque nada sería más perjudicial al modernismo que su inmediata y fácil aceptación.”* (p. 124)

Las dos últimas partes constituyen la sección más extensa del libro y reúnen las crónicas de los estrenos en la Scala en el glorioso período de los años cincuenta, los tiempos de la Callas y de la Tebaldi, años de pasión y esplendor. El, que había renunciado a la eventual carrera de cantante, ahora que está del otro lado, encargado de juzgar, cumple con seriedad lo que define un oficio y un servicio, ya que le permite acercarse a sus amados personajes, a Violetta, a Amelia, al Conde de Luna, a Simón Boccanegra. . . . Su crítica musical se caracteriza por su tenaz atención a la calidad del espectáculo, por una fiel y abierta adhesión a la tradición, por el largo espacio que dedica a los cantantes con una participación a veces ansiosa, por su oposición controlada a los divismos, a las exageraciones. En efecto el canto, la música representaron para él algo para gustar en amena soledad, un placer, momentos de felicidad, casi una evasión de los difíciles acontecimientos de la vida, una parte férvida, conspicua de su inmensa cultura, un compromiso no ocasional sino firmemente deseado.